

ENSAYOS

CONSTRUYENDO LA ARQUEOLOGIA CHILENA

REFLEXIONES

Mauricio Massone M.

... lejanos han quedado los días en que José Toribio Medina escribiera con visionaria percepción "Los aborígenes de Chile", hacia el ocaso del siglo XIX, como anticipando el devenir de la Arqueología chilena en las siguientes décadas. Lejanos están también los esfuerzos de Ricardo Latcham por describir e interpretar la alfarería chilena ¡Sí, porque esto de la interpretación en Arqueología, en el sentido amplio de la palabra, es algo que viene desde siempre! Igualmente distantes han quedado las afanosas investigaciones de Max Uhle, Aureliano Oyarzún, Junius Bird y tantos otros estudiosos que abrían la senda de la Arqueología en esta meridional tierra de Sud-América.

Luego del loable intento de Latcham por presentar una Prehistoria chilena en 1928, debieron pasar varios decenios para que Grete Mostny, con toda dedicación entregara una nueva "Prehistoria de Chile".

Y como el tiempo todo lo puede, llegó también el momento de los Congresos de Arqueología Chilena, el surgimiento de la Sociedad Chilena de Arqueología y de las carreras universitarias en el campo de la Antropología y Arqueología.

En las décadas del 50 y 60 los estudios estratigráficos, que se habían iniciado ya con anterioridad, alcanzaron un desarrollo sustancial convirtiéndose en la columna vertebral de la reconstrucción histórico - arqueológica posterior. Con alguna timidez al comienzo y luego con mayor vigor, inició la irrupción de las dataciones absolutas, primero con el método del carbón 14, y más tarde por la aplicación de la termoluminiscencia en el medio nacional, que al final de los 70 se convertirían ya en necesidades insustituibles.

El intento por aplicar modelos teóricos e hipótesis de trabajo se transformó en una inquietud generalizada... en la década del 70, para mencionar un ejemplo, se hablaba de "Arqueografía" versus "Arqueología", de si la Arqueología formaba o no parte de la Antropología. Se hablaba de Ecología Cultural, de Materialismo Histórico y de la Nueva Arqueología... y las concepciones holísticas flotaban en el aire.

La Arqueología en el país había alcanzado un complejo nivel de maduración, en cuyo seno nacimos muchos de quienes hoy somos actores de este proceso por construir una Arqueología del presente para el futuro.

No es mi intención ocupar este espacio para hacer una Historia de la Arqueología chilena, sino más bien reflexionar sobre el momento actual de nuestra disciplina científica y su futuro desarrollo en Chile.

Algo de magnitud se ha ido acumulando en el ambiente arqueológico nacional en los últimos años y que no es ajeno al entorno arqueológico americano y ese algo, que se concatena con las etapas anteriores, nos impulsa hacia un nuevo nivel de madurez, que percibimos aún en forma tenue sin poder discernir toda su compleja esencia.

... de pronto nos damos cuenta que ya no basta con investigar, que es tanto o más importante hacer Conservación en Arqueología; y tenemos que comenzar a planificar el trabajo con especialistas en conservación o aprender conservación y nos damos cuenta que el estudio espacial en Arqueología es tan importante y complejo como la columna estratigráfica... y surgen variantes y métodos para aplicarlas en nuestro país. Nos preocupan los procesos de formación del sitio arqueológico, los procedimientos de simulación, las perspectivas experimentales y toda vía de acceso a la comprensión del universo conceptual pretérito.

La computación, los modelos matemáticos nos presionan y a pesar nuestro comienzan a cohabitar en el ambiente... hacen eclosión los métodos bio-arqueológicos para el estudio del paleo ambiente y los recursos alimentarios prehispánicos, vertientes que de modo incipiente se habían experimentado ya con anterioridad. Se recurre desde una perspectiva renovada a la Etnografía y a la Ethnohistoria, para interpretar de manera más completa el registro arqueológico. Aparecen nuevos marcos referenciales. El desarrollo tecnológico y científico a nivel mundial sacude una vez más la quietud del ambiente nuestro sobrepasando la cordillera... la propia Arqueología chilena quiere ahora encontrar la forma para generar sus propias ideas.

También comprendemos que ya es infructuoso que un solo investigador intente poner al día una Prehistoria chilena y se recurre a múltiples especialistas regionales para un nuevo intento por sistematizar la reconstrucción histórica de la vida prehispánica chilena, a través de la información arqueológica. Y por fin intuimos que no basta con escribir artículos científicos "deco-dificables" sólo por arqueólogos, que es necesario escribir asimismo para todo el público nacional, que es preciso adecuar el lenguaje para educar mejor. Al fin y al cabo el lenguaje de la ciencia, siendo preciso, puede ser simple y directo, la verdad científica no necesita de nudos conceptuales complejos, todo se puede decir de un modo más fácil y más real.

Percibimos que para ser entendidos por la comunidad debemos aprovechar los medios de comunicación masivos, como la televisión, los videos, la radio, la prensa, las revistas y los libros de difusión, para crear conciencia a nivel nacional que existe un rico Patrimonio Arqueológico por estudiar, conservar, valorizar y difundir.

En suma, comienzan a desmoronarse, aunque con efecto retardado, los quietos pilares de la post-guerra y nos invaden los intrincados bosques de la cibernética, los adelantos de las comunicaciones y de la avanzada era tecnológica espacial... ¿estamos viviendo en la aldea global?

No es de extrañar por tanto que a nivel doméstico y como una necesidad más, haya surgido este nuevo órgano en el seno de la Sociedad Chilena de Arqueología, donde se plantean inquietudes de fondo y donde se puede dialogar. ¿Nuevas fronteras en Arqueología? ¿cómo debemos evaluar los proyectos arqueológicos? ¿un sistema nacional para designar los sitios arqueológicos?... En verdad debemos convenir que la investigación arqueológica ha proliferado tanto en el país, que sin un adecuado sistema nomenclatorio y sin la computación ya no podremos saber cuántos yacimientos arqueológicos se encuentran registrados, prospectados o estudiados, en todo el extenso territorio nacional.

Y cada año somos más los arqueólogos y todos deseamos en lo más íntimo hacer Arqueología, una Arqueología de buen nivel, con las condiciones necesarias para ello, con laboratorios adecuados, con apoyo interdisciplinario, con presupuestos apropiados.

¿Estamos preparados en Chile para enfrentar la nueva etapa de madurez arqueológica que ya ha golpeado nuestra puerta?

Pienso que aún no lo estamos convenientemente. Las estructuras, las políticas universitarias y de museos, los recursos financieros, no están del todo preparados para permitir que podamos ser mejores arqueólogos. Para ello no bastan algunos ejemplos:

¿Cuántos centros arqueológicos del país cuentan actualmente con sistemas de computación adecuados? ¿cuántos arqueólogos se han introducido en profundidad al campo de la computación?... ¿en cuántos centros de estudio existe la posibilidad de contar con recursos humanos, económicos y de equipamiento técnico, para llevar adelante un proyecto verdaderamente interdisciplinario?... ¿cuántos proyectos pueden contar con fondos para hacer Conservación Preventiva antes, durante y después de realizada la investigación arqueológica? y ¿qué tipo de conservación efectuar frente a cada problema particular?... ¿hemos tenido todas las posibilidades de tomar los cursos de post-graduação suficientes y tan necesarios para profundizar más nuestros conocimientos?... ¿cuántos arqueólogos están verdaderamente trabajando en la especialidad?

Son muchas más las interrogantes que podemos plantearnos en estos momentos que la Arqueología chilena nos está exigiendo, no ya pantalones largos como antaño, sino tenida completa. ¡Es un gran desafío y es nuestro desafío de hoy!

Por otra parte, pienso que más allá de las condiciones externas, existen importantes condiciones internas que los propios arqueólogos podemos controlar para ir preparando el andamiaje que sustentará la futura Arqueología Chilena; y creo que estas posibilidades se dan a lo menos en tres niveles; el de la ética profesional, de las aptitudes profesionales y de los organismos que controlamos los propios arqueólogos, o en los cuales a lo menos participamos, en un proceso de autoformación y proyección.

En el plano de la ética profesional, al observar nuestro medio cada día más competitivo, nos asombra cuán difícil es reconocer las bondades del trabajo del otro y cuán fácil es valorar nuestro propio esfuerzo.

Por eso es bueno que las críticas sean francas, directas, con nombre y apellido, tanto en las evaluaciones de proyectos, como en el intercambio diario entre pares; debemos aprender a decirnos lo malo, pero también todo lo bueno que somos capaces de hacer!... al final estamos todos en lo mismo. Si aceptamos los errores mutuos e intentamos superarlos seremos más completos, más sólidos frente a la comunidad nacional y mejores arqueólogos.

En cuanto a las aptitudes profesionales, es evidente que esta variable depende de las condiciones individuales y del medio de trabajo del arqueólogo. En tal sentido en Chile tenemos arqueólogos que son excelentes metodólogos; arqueólogos con inclinaciones hacia los estudios de bio-indicadores, o otros mejor premunidos para introducir el uso de las matemáticas; aquellos que podrán explorar mejor la veta antropológica, los que basarán su fuerza en los estudios comparativos a nivel regional y los que se sentirán más a gusto con los enfoques de localidad.

Al respecto creo que hay espacio para todos y que al final la Arqueología es una sola, donde todos confluimos con nuestro aporte para reconstruir al hombre y a las sociedades del pasado. Basta con que cada uno de nosotros nos situemos de manera armónica en la sintonía o sintonías en las cuales podemos rendir con mayor propiedad y volquemos allí todo lo mejor que tenemos.

Sin embargo, para esto que aparentemente parece tan sencillo, es preciso que el medio de trabajo genere las condiciones necesarias para estimular y potenciar un mayor desarrollo individual y colectivo de las aptitudes y no se transforme en un factor reductor de capacidades. Debido a lo anterior, es preciso que las autoridades y las estructuras correspondientes busquen los caminos que permitan crear nuevas fuentes de trabajo afines y enriquecer en calidad las ya existentes, pero también es necesario que nosotros adoptemos iniciativas aprovechando nuestras aptitudes profesionales para sugerir en forma creativa la ampliación y profundización realista del campo de trabajo.

En relación a los organismos, este aspecto constituye a mi juicio un nivel de análisis del mayor interés por cuanto tiene relación con el proceso de la formación profesional y con la proyección de la disciplina.

Debemos ser capaces de emplear a fondo y emplear bien los órganos a nuestro alcance y sus derivados. Desde luego la Sociedad Chilena de Arqueología y el Colegio de Antropólogos.

Al respecto baste señalar lo mucho que ha significado para la Arqueología chilena, la organización de diez congresos nacionales desde que se creara la Sociedad Chilena de Arqueología y ahora la posibilidad de este boletín que permite comunicarnos por escrito en un idioma más coloquial llenando así una urgente necesidad... pero aún podemos extraer más ideas de nuestros órganos orientadores y de nuestros lugares de trabajo, de nosotros depende y no de otros.

De nosotros dependen, a lo menos en parte, las nuevas perspectivas

arqueológicas que puedan desarrollarse en los museos; de nosotros depende, en mayor o menor grado, el enriquecimiento de la formación profesional en las universidades, semilleros de las futuras generaciones de arqueólogos que construirán sobre la base de nuestros errores y aciertos comunes. Se puede recordar al respecto, el impulso que ha significado para la Arqueología chilena la formación universitaria de especialistas a partir de la década del 60, en diferentes regiones del país.

Por esto, al terminar, sólo puedo decir que en mi opinión, del justo equilibrio de la formación profesional, de las capacidades profesionales bien administradas, la ética profesional, las condiciones adecuadas en el medio de trabajo, la implementación de políticas coherentes, la flexibilidad de las estructuras y de la acertada utilización de los órganos que tenemos a nuestro alcance, partirán los caminos que nos lleven a una Arqueología chilena del futuro mucho más madura, donde todos juntos, los que fueron nuestros maestros, nosotros (me refiero desde una perspectiva "ego-céntrica" a la generación de los años 70), las generaciones más nuevas que ya están efectuando importantes aportes y las que sigan, nos reunamos para evaluar los esfuerzos compartidos, los fracasos y los logros alcanzados o por alcanzar.

Porque la Arqueología chilena no empezó ayer, ni está comenzando hoy, tampoco terminará con nosotros, ni mañana... es un largo proceso que debemos respetar y valorar en todas sus etapas, si deseamos enriquecerlo. Porque la Arqueología futura no será el producto de unos pocos arqueólogos brillantes, será la resultante del esfuerzo y visión de nuestra comunidad arqueológica nacional como un todo, aprovechando el rico legado de nuestro pasado y la experiencia de nuestro presente.

Deseo agradecer la revisión crítica del manuscrito efectuada por los colegas Consuelo Valdés, Carlos Aldunate y José Berenguer, quienes aportaron opiniones de real interés.

Talca, 1° de septiembre de 1987